

1974b/1976

**El futuro de los  
idiomas oprimidos**



## CONTEXTO

**E**n línea con los hallazgos de la tesis de doctorado, que se publicó en castellano bajo el título *Los mil rostros del quechua*, este artículo fue una primera aplicación socio-etnolingüística a la realidad boliviana utilizando el nuevo concepto de “idiomas oprimidos”. Se publicó en 1973 como N° 2 en la serie *Cuadernos de Investigación CIPCA*. En 1979 tuvo una 3a. edición ampliada, que es la que se reproduce aquí.

Simultáneamente con la versión en castellano, Xavier preparó una versión en inglés para el IX Congreso de la *International Union of Anthropological and Ethnological Sciences*, llevado a cabo en Chicago, USA, en 1973. Ésta se publicó recién en 1979 bajo el título “The Future of Oppressed Languages in the Andes” como parte del volumen *Language and Society: Anthropological Issues* editado por William C. McCormack y Stephen A. Wurm, publicado en Gran Bretaña por Mouton Publishers de La Haya.

En 2015 Bruce Mannheim, de la Universidad de Michigan, ha escrito el artículo “‘The future of the oppressed languages in the Andes’ of Xavier Albó, revisited” a ser incluido en un volumen en memoria de Sabine MacCormack, fallecida en 2012.



# ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>641</b>
<b>1. EL CONCEPTO DE IDIOMAS OPRIMIDOS</b>	<b>643</b>
<b>2. DIMENSIONES DE LA OPRESIÓN AL IDIOMA EN LOS ANDES</b>	<b>649</b>
<b>3. MOVIMIENTOS CONTRACORRIENTE Y CAMBIOS ESTRUCTURALES RECIENTES</b>	<b>657</b>
<b>4. EL DILEMA Y LA PLANIFICACION DEL FUTURO</b>	<b>663</b>
<b>5. APÉNDICE A LA TERCERA EDICION. 1979</b>	<b>671</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>676</b>



# INTRODUCCIÓN

Este trabajo se refiere directamente a la problemática de los idiomas autóctonos quechua y aymara en Perú y Bolivia, idiomas mayoritarios pero de poco prestigio.<sup>1</sup> En forma directa, solo entran en consideración aquellas zonas en que coexisten los idiomas autóctonos y el oficial, es decir, la mayor parte de la sierra central y meridional del Perú, todo el altiplano y casi todos los valles de Bolivia. En cambio, zonas mayoritariamente castellanas, como el trópico y la costa, solo

---

1 En el apéndice a la 3a. edición presentamos los últimos datos sobre Bolivia, con una población de 4,7 millones. En Perú, el censo de 1961 (Perú 1966) distribuye sus 10 millones (estimados 15 en 1972) de habitantes en castellanos monolingües (60%), Quechuas (35%) de los que unos dos tercios hablan los dialectos ayacuchano y cuzqueño y el otro tercio dialectos centrales no inteligibles para los anteriores, y un 4% aymaras. En Bolivia, el problema es más extenso, pero también más simple. En el Sur del Perú, el problema presenta iguales características. En 1958, Schaedel (1967) estimó que en los ocho departamentos del Sur del Perú, con una población total de 2,8 millones había un 12% de monolingües castellanos y un 54% de monolingües quechuas o aymaras, siendo los demás bilingües de origen por lo general nativo. Pero al nivel nacional, el problema es menos extenso y más complejo, puesto que es mucho mayor la fragmentación de dialectos quechuas hasta el punto de impedir la mutua inteligibilidad. Este aspecto ha sido tratado por Torero (1954, 1970, 1972), Parker (1963, 1972) y Escobar (ed. 1972).

El presente trabajo se ha beneficiado mucho de las colaboraciones prestadas por Gamaniel Arroyo del Ministerio de Educación del Perú y los Dres. Cerrón y Parker del Plan de Fomento Lingüístico de la Universidad de San Marcos en Lima y de las discusiones tenidas en Bolivia con el personal de la Dirección Nacional de Educación de Adultos del Ministerio de Educación, del Instituto de Investigación Cultural para Educación Popular (INDICEP, Oruro), el Centro de Investigación y Promoción del Campesinado (CIPCA), y con el historiador Dr. Josep Barnadas.

entran indirectamente, en cuanto que en algunos de sus centros se gesta la política lingüística nacional, y en cuanto son recipientes de migraciones quechuas y aymaras. La situación considerada tiene su paralelo en varias provincias de la sierra ecuatoriana (sobre todo desde Imbabura hasta Chimborazo), con la diferencia de que allí el quechua sigue manteniendo un prestigio aún más bajo que en Perú y Bolivia. Pero, debido a la falta de datos suficientes, aquí tendré que prescindir del Ecuador. Aunque las ilustraciones empíricas provienen solo de la región andina, la problemática es hasta cierto punto paralela a la de otros lugares en que existen semejantes estructuras duales, con grupos minoritarios dominantes y otros mayoritarios dominados de cultura distinta.<sup>2</sup>

La situación de otros grupos étnicos de la selva y en unos pocos enclaves altiplánicos, como el *uru* de Bolivia y el *jaqaru* del Perú, no se considera en este trabajo por tener una problemática muy distinta.

La mayor parte de estos grupos minúsculos están en un rápido proceso de extinción y es demasiado claro que, debido a la gran desigualdad de fuerzas, están condenados a asimilarse a otros mayoritarios, por más que tal vez haya esfuerzos en pro de su supervivencia por parte de misioneros, grupos académicos u otros.

---

2 Pero sólo hasta cierto punto. Por ejemplo, dentro del continente, el Paraguay ofrece bastantes semejanzas, pero la opresión sobre el guaraní es menor (Rubin 1968) debido sobre todo a que durante la Colonia, además de situaciones como las que describimos en este trabajo, se dio el caso singular de las Reducciones Jesuíticas donde el guaraní no sufrió la misma presión social (Melià 1969, 1971). En Guatemala y en algunos estados mexicanos, la situación se complica más que en los Andes, debido a la multitud de lenguas indígenas.



# UNO

## EL CONCEPTO DE IDIOMAS OPRIMIDOS

Los idiomas a que nos referimos suelen llamarse nativos, autóctonos, vernáculos, indígenas, etc. Pero estos adjetivos no expresan suficientemente las dimensiones que moldean sus peculiaridades.<sup>3</sup> También el griego es la lengua indígena de Grecia. Más aun, en ciertas zonas tradicionalmente castellanas de los Andes, éste es el idioma nativo, mientras que el quechua de los grupos inmigrantes es el idioma foráneo. o si no se acepta este criterio, tampoco debería aceptarse que el quechua sea llamado autóctono en tantas regiones de Argentina, Bolivia, Ecuador e incluso del Perú, donde fue introducido por el Inca solo unos años antes de la Colonia o quizás por los misioneros en pleno dominio español.

Otro grupo de conceptos elaborados por la sociolingüística, tales como idiomas de bajo prestigio, no oficiales, subestándar, con especialización funcional baja, etc., nos acerca más a la problemática de lenguas como el quechua y el aymara. Pero estos conceptos se limitan todavía a la esfera fenomenológica. Simplemente describen algunas cualidades sociales de estos idiomas, contrapuestas a las de otros (de alto prestigio, etc.)

---

3 A pesar de que UNESCO (1953) define la lengua vernácula en términos de dominación social y política.

que coexisten dentro de la misma estructura social. Pero no plantean aun una explicación causal que pretende ir a la raíz de estas peculiaridades. Por eso sugiero aquí su caracterización como idiomas oprimidos.

En la sociología, especialmente del Tercer Mundo, donde las contradicciones sociales son más violentas, es frecuente organizar los análisis de la sociedad en base a la división entre un grupo o clase dominante y otro dominado e incluso entre un grupo opresor y otro oprimido, inspirándose más o menos remotamente en el marxismo. De ahí han surgido conceptos derivados también en otras disciplinas, como por ejemplo el de “pedagogía del oprimido” (Freire 1970). En forma análoga -y en línea con lo que ya ha sugerido Melià (1971) para el guaraní-, el uso del término “idioma oprimido” puede ayudar a entender mejor las peculiaridades de muchos idiomas ordinariamente caracterizados por conceptos meramente históricos como “indígenas” o más epidérmicos como “de bajo prestigio”.

Efectivamente, debido a determinadas circunstancias históricas, grupos humanos de cierta lengua y cultura han quedado dominados y oprimidos por grupos de diversa lengua y cultura, compartiendo ambos una misma estructura social global asimétrica. Estas circunstancias históricas pueden ser migraciones, como sucede con tantos grupos étnicos en los Estados Unidos. Otras veces puede tratarse de la forma arbitraria con que surgen las fronteras estatales, como sucede en muchos neo-estados africanos. Los casos más claros son los de conquistas. Entonces suele darse la paradoja de que el o los grupos oprimidos son al mismo tiempo los más arraigados en el país y los sectores mayoritarios del mismo. Este es el caso de las poblaciones andinas.

Tras la conquista, el resultado paulatino es que la cultura de los grupos conquistados, aunque conserva su autonomía en muchos aspectos, pierde su independencia radical, sobre todo al nivel político, y poco a poco va perdiendo otros muchos elementos. Sus estructuras económica, social, religiosa, expresiva y axiológica, a pesar de sus notorias peculiaridades, van quedando reinterpretadas en función de la nueva situación de dominación en que han quedado enmarcadas. Por ejemplo, el simbolismo de las fiestas puede pasar a reforzar el sistema de opresión,

enmarcando en un ambiente festivo la renovación de autoridades en un pueblo de mestizos. Va surgiendo entonces una estructura dual asimétrica caracterizada no sólo por la duplicidad cultural entre el grupo minoritario dominante y el mayoritario dominado, sino también y primordialmente, por la mutua y desigual dependencia entre ambos grupos. La cultura del grupo dominado va dejando de ser tal y en realidad va reduciéndose sólo a subcultura. Sigue teniendo muchas compensaciones autonomizantes que, haciendo eco a Lewis (1961, 1969), legitimarían hablar de una “subcultura nativa de la pobreza” y que le dan cierta continuidad muchas veces indirectamente fomentada a su vez por el grupo dominante. Sin embargo, el desequilibrio de poder que caracteriza esta situación va empobreciendo cada vez más a esta subcultura y va paralizando cada vez más su dinamismo creador. Es lo que Ribeiro (1970) llama “desculturización”. En el mejor de los casos desarrolla sus mecanismos de defensa replegantes y conservadores. En ciertos momentos llegarán tal vez a surgir levantamientos nativistas revitalizadores con más elementos expresivistas que eficacia reivindicadora. Pero a la larga, sobre todo al advenir la industrialización en el sector dominante y a menos que cambie la composición de fuerzas en la estructura dual matriz, el sino de la subcultura nativa empobrecida es ir aumentando su esclerosis, seguir empobreciéndose o funcionalizándose en relación a la estructura dominante y, al final, quedar reducida a una simple caracterización de la clase social ínfima dentro de una sociedad nacional “más moderna”. Por eso Greaves (1972; cf. Stavenhagen 1965) ya puede poner en duda la actual validez del modelo de cultura dual, incluso en la región andina, sugiriendo en cambio la conveniencia de un modelo de clases. Será discutible si ya se ha llegado a este punto del proceso, sobre todo en la Sierra y Altiplano. Pero es indudable que el proceso es éste y que lleva a este desenlace. Por todo ello, resulta adecuado hablar de una subcultura oprimida y de una presión que, con los siglos, no sólo atenaza, sino que llega a ahogar, siempre –repito– que no cambie la composición de fuerzas en la estructura matriz. Evidentemente, hay también marginamientos en zonas de refugio (Aguirre 1967) donde se mantiene mejor la autonomía socio-cultural y hay también acercamientos del grupo minoritario dominante hacia la cultura mayoritaria domi-

nada. Pero estos contra ejemplos ni tienen un volumen comparable, ni desencadenan procesos como los aquí indicados. Casos como el de los griegos absorbiendo culturalmente al dominador no se encuentran en estas latitudes.

Dentro de este marco más amplio, el elemento cultural “idioma” sufre también un proceso paralelo, pero con peculiaridades muy dignas de ser tenidas en cuenta. Debido a su alto nivel de estructuración interna, el idioma mantiene su autonomía en un nivel superior al de otros elementos culturales. Aquí ya no cabe hablar de su reducción a un “subidioma” o “dialecto” del idioma dominante. El quechua y el aymara siguen siendo idiomas en el pleno sentido de la palabra. Pero el proceso empobrecedor e internamente atrofiante también tiene aquí su lugar. La dinámica de cambio propia de todo idioma, al ocurrir dentro de un contexto de dependencia oprimente, adquiere un claro sentido direccional extra-lingüístico: ya no se rige tanto por las leyes lingüísticas de cambio interno (aunque este elemento está también presente), sino sobre todo por la necesidad de ir cediendo cada vez más ante el idioma del grupo dominante a ir adquiriendo paulatinamente nuevos elementos de sus estructuras, primero al nivel de vocabulario, y más adelante también al de fonología y gramática. Esta situación puede prolongarse durante siglos. Entonces los idiomas siguen vivos en grandes sectores de la población, pero con una vitalidad disminuida. Son idiomas oprimidos. En casos límites, tras una fase de bilingüismo en que es siempre el grupo dominado el que adquiere como segundo idioma el del dominador, el idioma nativo oprimido puede llegar a perderse. Solo queda su huella en forma de variantes dialectales del idioma dominante que reflejan el sustrato nativo. También aquí pueden traerse a colación contra ejemplos de mayor resistencia al contagio en regiones de refugio (y en los núcleos más densos, centros de tradición cultural, como el Cuzco y Tiwanaku) y de acercamientos del idioma dominante hacia el dominado. Pero tampoco éstos alcanzan el mismo volumen ni llegan a las mismas consecuencias.

Hemos insinuado que en forma indirecta, el grupo social dominante puede fomentar la autonomía parcial y subsiguiente continuidad de la

subcultura nativa empobrecida. Ello se debe a que le interesa seguir manteniendo sus privilegios y *statu quo* garantizados por la estructura dual. También a este nivel las peculiaridades del factor idioma juegan un papel importante, gracias a su mayor autonomía. En una situación extrema de dualismo rígido, la sociedad global tendría un bilingüismo consistente en realidad en un doble monolingüismo: por un lado, la minoría dominante que solo habla castellano y por el otro la mayoría dominada que solo habla su idioma nativo (varios a lo largo de la cordillera andina), siendo relativamente escasos los intermediarios que se desenvuelven en ambos idiomas. En este modelo ideal, el doble monolingüismo cumple una función óptima como distinguidor social y mantenedor del sistema. Por una parte el idioma pasa a ser identificador y, dado el caso, un discriminador social de gran eficacia que, como una etiqueta, asegura en cualquier circunstancia la clasificación social de cualquiera: el idioma no se puede cambiar tan fácilmente como la indumentaria; y el “acento”, aún menos. Por otra parte, el idioma no es sólo identificador social. También bloquea y llega a eliminar la posibilidad de transición al cortar la comunicabilidad entre los de distinto idioma y obligar a que los del mismo grupo socio-cultural sólo puedan comunicarse verbalmente entre sí, reduciendo los contactos entre grupos a unas pocas élites estereotipadas que aseguran la rigidez y permanencia del sistema. La opresión social de la sociedad dual fomenta el doble monolingüismo y éste a su vez garantiza la persistencia de esta sociedad dual. El idioma oprimido resulta a su vez oprimente.



# DOS

## DIMENSIONES DE LA OPRESIÓN AL IDIOMA EN LOS ANDES

La situación actual, en unas regiones más que en otras, participa aún bastante de lo que hemos caracterizado como un doble monolingüismo resultante de una estructura dual asimétrica oprimente.

Al mismo tiempo, el aumento de bilingües, sobre todo de origen quechua y aymara que aprenden castellano, indica por una parte una flexibilidad mayor en lo que antes era rígido dualismo, y por otra, puede presagiar el paso hacia la “sociedad moderna” de clases en que, como final del proceso, las culturas y lenguas oprimidas tendrán que ceder ante el ímpetu arrollador del esquema dominante.

Empecemos por la dimensión histórica, que aquí solo podemos esbozar. Desde los tiempos de la Colonia, se da una contradicción a primera vista sorprendente, pero que en última instancia viene a confirmar el esquema presentado en párrafos anteriores. Como ha documentado bien Ricard (1961), la política lingüística oficial de España en América fue siempre la de reservar la vida pública al castellano y decretar reiteradamente que de una vez por todas, los indios se castellanicen. Sin embargo, por lo general, esta política siempre resultaba ineficaz y los indios siguieron siendo monolingües en su idioma. Yo añadiría que

ésta tenía que resultar necesariamente ineficaz, porque así lo exigía el dualismo inherente a la estructura asimétrica que en el fondo la élite hispano-criolla nunca había deseado tocar. Se produce en este punto un divorcio sistemático entre letra y realidad, análogo al que existió también entre Leyes de Indias y praxis indiana. La Independencia no cambió las cosas sino que, sobre todo en el siglo pasado en que predominó el latifundismo, incluso agudizó la paradoja. Se redobló el fervor “modernizador” (castellanizador) del indio en la prensa o en el parlamento, mientras que al mismo tiempo la rapiña neo-latifundista transformaba comunidades originarias en haciendas, reforzando la estructura dual y, por tanto, imposibilitando el que estos fervores pudieran resultar eficaces. Solo en las últimas décadas se observan cambios en la estructura social que han acarreado consigo un aumento de bilingüismo, del proceso castellanizador y, simultáneamente, un ligero aumento en el prestigio del quechua y el aymara. Todo ello se ha debido principalmente a la presencia de nuevos factores como el proceso industrializador en la Costa y la Reforma Agraria, de los que nos ocuparemos más adelante.

En el momento actual, tanto la situación opresiva como también los incipientes procesos de cambio aparecen en la desigual distribución de funciones para cada idioma en las diversas esferas de actividad. El gráfico que se presenta a continuación sintetiza este hecho.<sup>4</sup>

El gráfico se refiere sólo a las regiones en que hay una mayoría quechua o aymara. Pero aun allí hay una clara discriminación funcional. Si no hubiera opresión socio-idiomática, la línea divisoria debería coincidir en cualquier esfera con la línea AB, pues en tales regiones aproximadamente un 70% de la población es quechua o aymara. Pero no sucede así. Tanto en la distribución de hablantes de uno u otro idioma como en la selección de uno u otro idioma en el caso de bilingües, se da por supuesto que, fuera de la esfera rural tradicional, debe prevalecer el castellano. Y en el caso del mundo técnico-profesional y del mundo

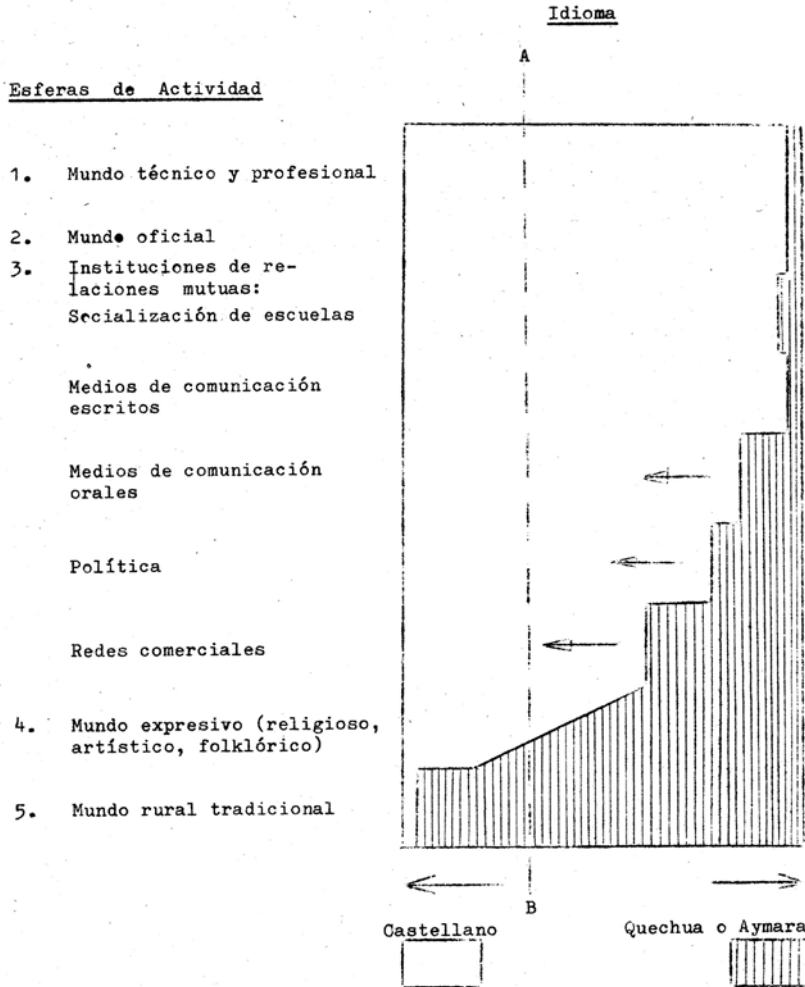
---

4 Para una discusión más amplia de este punto en Cochabamba, ver Albó (1969, 1970). Aquí me limito a presentar una visión sintética macro-social basada sobre todo en Bolivia. Lo que aquí llamo esferas de actividad, se asemeja sin ser idéntico, a lo que Fishman (1968) llama *domains*.



oficial, se da por supuesto que el quechua y aymara están prácticamente excluidos.

### DISTRIBUCIÓN FUNCIONAL DE IDIOMAS EN LAS ZONAS BILINGÜES ANDINAS (ESTIMACIÓN)



La aparente excepción, o mejor ambigüedad, de lo que he llamado mundo expresivo, en realidad es una confirmación de lo dicho. Turner (1969) ya ha señalado que, cuando se quiere subrayar el polo emotivo comunitario (contrapuesto al estructural o *Gesellschaft*), más fácilmente

se escogen símbolos derivados del sector más oprimido o marginado de la sociedad, hecho que yo pude comprobar también en el caso de la selección de idioma en un estudio del valle de Cochabamba (Albó 1970).

Dentro de esta tónica resultan significativos los recientes avances de los idiomas oprimidos en la esfera de instituciones para mutuas relaciones. Hace solo unos años en la radio o en el mundo político, el uso del castellano era tan imperativo como lo es hasta hoy en el mundo técnico-profesional. Solo en la institución escolar, y correlativamente en el mundo de la prensa, los idiomas oprimidos siguen prácticamente ausentes, aunque el nuevo plan de educación bilingüe en el Perú (*cf. infra*) y algunos tímidos intentos de prensa en quechua y aymara en Bolivia<sup>5</sup> pueden presagiar algún próximo cambio. Pero hasta ahora, estos recientes desarrollos solo suavizan la situación sin cambiarla de signo.

A la luz de este aplastamiento e incluso ausencia del quechua y aymara en ciertos sectores funcionales podemos comprender mejor la forma concreta en que estos idiomas quedan atrofiados.

En primer lugar, se atrofia su propia estructura idiomática interna. El principal síntoma es el empobrecimiento creciente del vocabulario<sup>6</sup>, sobre todo en áreas semánticas relacionadas con las esferas en que el quechua y el aymara están proscritos. El empobrecimiento puede suceder por desaparición de vocablos antiguos (ej. la terminología de parentesco) o por ausencia de neologismos ante nuevos avances técnicos (ej.

---

5 Hay actualmente un periódico mensual quechua-castellano en Cochabamba y otro aymara-castellano en La Paz, ambos orientados a la educación del campesino. El último tiene una tirada de 5.000 ejemplares. En un diario cochabambino he visto también algún anuncio en quechua. En 1979 esos periódicos ya han desaparecido.

6 También se da alguna atrofia en las esferas fonológica y gramatical. Por ejemplo, en el quechua cochabambino, la serie fonológica de oclusivas glotalizadas y aspiradas, típica del quechua boliviano pero ausente en el castellano, ocupa el lugar ínfimo en la lista de frecuencia de fonemas de Lastra (1965) y hay evidencia de que rasgos como éstos y otros gramaticales como el orden objeto-verbo o la densidad de sufijos verbales modales, disminuyen en frecuencia de uso a medida que aumenta el nivel social del hablante (Albó 1970: 228-253, 309-376). Pero en general en estas esferas no se trata de empobrecimiento. Las estructuras nativas de orden fonológico y gramatical no se pierden tan fácilmente. Más bien alternan con las adquiridas del idioma castellano dominante. Por lo mismo en los neohablantes del castellano, lo más característico de sus dialectos sub-estándar del castellano es la fonología y las construcciones gramaticales heredadas del idioma materno o sustrato.

radio), o muchas veces por la formación de binas en que un término es de origen nativo y connota el área semántica tradicional y el otro término es un préstamo castellano que connota el área semántica moderna y, por lo general de mayor prestigio social. Por ejemplo: en quechua una cocina tradicional será *q'uncka*, pero una moderna, será cocina y en aymara, el suegro patrilineal será *awkchi*, mientras que el matrilineal será *suegro*. O bien se mantendrán los numerales autóctonos para contar el rebaño, pero se usarán los préstamos castellanos para señalar horas o fechas. Si intentamos cuantificar este empobrecimiento léxico, encontraremos que en el corpus utilizado por Stark (1972) en Chuquisaca, un tercio del diccionario son préstamos castellanos y en el corpus utilizado por Lastra (1968) en Cochabamba, más de la mitad son préstamos. Si en vez de usar listas de vocabulario, nos basamos en la frecuencia con que se repiten los préstamos en el texto, tenemos cifras como las siguientes, recogidas en una muestra de 20 quechua-hablantes de nivel social escalonado: en Cochabamba Rural (Albo 1970: 359). La frecuencia de préstamos castellanos va ascendiendo según la temática: temor a los espíritus (11%), fabricación de chicha (12%), agricultura (24%), otras experiencias rurales (33%), política (41%), medicina moderna (48%). Este empobrecimiento puede llegar a un punto en que el uso del idioma autóctono casi resulte imposible para ciertos temas, como explicar el funcionamiento de un tractor, o para conceptualizaciones abstractas propias del mundo académico. Por eso se dice entonces que se trata de idiomas “primitivos” solo aptos para lo muy concreto. Evidentemente, no se trata de que tales idiomas carezcan de mecanismos para formar términos abstractos o neologismos adaptados a los nuevos avances tecnológicos. Podrían formarlos a igual que lo hizo el alemán en tiempos de Lutero o lo está haciendo actualmente el indonesio. Pero, simplemente, la actual conformación de la estructura social no les da chance para que actualicen debidamente estas potencialidades internas.

Un aspecto paralingüístico de la atrofia de los idiomas oprimidos es la inoperancia de los intentos de reducirlos a una escritura uniforme. En la concepción popular son muchos los que incluso piensan que se trata de “dialectos” tan primitivos que ni siquiera son aptos para ser escritos.

En general reina el caos. Parker (1972) ha podido decir recientemente que tal vez hay más alfabetos que autores, pues algunos usan varios. En los alfabetos más aceptados hasta ahora, la opresión invasora del castellano ha obligado, casi irremediamente, a desconocer los propios sistemas contrastivos de la fonología quechua y aymara y a distorsionarlos para adaptar incongruentemente los contrastes y las inconsecuencias del alfabeto castellano por ser el dominante. Incluso algunos lingüistas, que escriben no para colegas sino para el dominio público, han debido ceder ante la fuerza de factores extra-lingüísticos, dejando lo más lógico para acercarse al castellano.<sup>7</sup> Si estos idiomas no estuvieran proscritos de la escuela y con ello del mundo escrito y académico, más fácilmente iría surgiendo poco a poco la necesidad de ir uniformando eficazmente la escritura, resultando entonces relativamente secundario el que ello suceda o no bajo la tutela lingüísticamente distorsionante pero socialmente integrante del sistema castellano.

Ya a un nivel extra-lingüístico, la atrofia toma la forma de miedo público al empleo del propio idioma –una de las ventanas más nítidas de la personalidad debido a su poder simbólico que identifica a los miembros más desprestigiados de la sociedad. La escuela es uno de los principales instrumentos para fomentar esta atrofia. Por una parte, con su constante desalentar el uso de la lengua vernácula en el aula o en los actos públicos ante la comunidad, resulta eficaz para crear el sentido de vergüenza y de desprestigio público del propio idioma. Por otra parte, resulta ineficaz en formar a bilingües coordinados que logren manejar con igual destreza su lengua materna y la lengua oficial castellana. En la mayoría de los casos, solo logra formar bilingües subordinados que se defienden con apuros en un dialecto castellano sub-estándar tan desprestigiado como la lengua nativa. De esta forma, los egresados siguen necesitando su lengua materna como medio expresivo de su personalidad, mientras que en sus relaciones con el mundo público quedan

---

7 Tal es el caso de las sociedades bíblicas que han ido dejando un alfabeto fonémico sugerido por Pike para ir acercándose al alfabeto castellano, especialmente en las publicaciones de la Comisión de Alfabetización y Literatura en Aymara (CALA) de La Paz. La complejidad sociolingüística del problema del alfabeto y sus relaciones con el castellano ha sido tratada en Albó (1970: 150-159).

disminuidos si no anulados. Quienes se coloquen en la perspectiva del orden establecido dirán que la razón de esta frustración es “por no saber bien el castellano”. Quienes se coloquen en una plataforma subversiva dirán que la causa es “porque el desorden establecido no quiere aceptar su lengua”.



# TRES

## MOVIMIENTOS CONTRACORRIENTE Y CAMBIOS ESTRUCTURALES RECIENTES

Como contrapunto a todo lo dicho hasta ahora, debemos señalar qué grupos han intentado reivindicar un lugar para el quechua y aymara y qué factores han suavizado o alterado la rigidez de la estructura tradicional. Para lo primero, nos guiará sobre todo la documentada bibliografía de Rivet (1951-1956).

Los pioneros son los misioneros. En las primeras décadas coloniales muchos misioneros del Perú preconizaban la evangelización del indio en castellano e incluso en latín, sea por indolencia, sea para evitar formulaciones heréticas de la sana doctrina. Pero a fines del siglo XVI y principios del XVII surgió una notable floración de obras religiosas y lingüísticas en quechua y aymara (Albó 1966: 402-404). En 1625, incluso se habla de una cartilla quechua castellana con 6.000 ejemplares. Hay que llegar al siglo XIX para encontrar seguidores a este precursor. Pero a continuación sigue un letargo de casi dos siglos con sólo trabajos esporádicos, muchos de ellos reediciones, dedicados casi exclusivamente al tema religioso y a dos campos subsidiarios: la lingüística práctica, para entrenar a nuevos misioneros y en un grado mucho menor, la gra-

mática, también para fines evangelizadores.<sup>8</sup> El carácter pragmático de este movimiento queda marcado por la temática y también por la creciente concentración en las lenguas “generales” o francas, sobre todo el quechua y, en menor grado el aymara.<sup>9</sup> Poco a poco, en parte debido a cierta política misionera, las innumerables lenguas locales que pululaban a principios de la colonia fueron cediendo principalmente ante el quechua, que llegó incluso a extenderse a nuevas regiones más allá del viejo incario. Con este proceso sub-unificante mediante la difusión de un idioma común de bajo prestigio quedaba más patente el doble monolingüismo de la estructura dual.

La segunda oleada reivindicadora viene en el siglo XIX, sobre todo en relación con el romanticismo. El bosque de producción sigue siendo de tipo religioso, complementado ahora con las aportaciones de las sociedades bíblicas, y de tipo lingüístico, ya regularizada. Pero la novedad es que en este siglo empiezan a publicarse poesías, cancioneros o cuentos en quechua y aymara. También a principios del mismo siglo nacen las interminables propuestas y contrapropuestas de alfabetos y, ya a un nivel comercial, los innumerables folletos trilingües con las “voces más usuales”. Dentro del impacto romántico deben colocarse los primeros escritos educacionales y políticos en lengua nativa. Es notable que a pesar de su tono reivindicador autóctono, la rebelión panandina de Tupac Amaru no ha dejado prácticamente huella en la bibliografía de Rivet, excepto la constancia de la vinculación entre este líder y la obra clásica quechua *Ollantay*, representada ante Tupac Amaru en su cuartel general (Lewin 1967: 238, 513, 514). Y por el contrario, a pesar del

---

8 Resulta difícil reducir los datos de Rivet a estadísticas debido a sus lagunas en fechas y a lo prolijo de su material que incluye muchas obras con sólo alusiones lingüísticas. Limitándose al material religioso y lingüístico con amplios fragmentos en quechua o aymara, tenemos las siguientes cifras aproximadas por grupos de años:

1532-1580:	2 religiosas (1 Q y Ay) y 2 lingüísticas (Q)
1581-1650:	38 religiosas (24 Q y 14 Ay) y 23 lingüísticas (17 Q y 6 Ay)
1651-1800:	32 religiosas (24 Q y 8 Ay) y 23 lingüísticas (17 Q y 6 Ay)

El último periodo, a pesar de abarcar más del doble de tiempo con relación al segundo, tiene menos producción. En concreto, durante 1650-1750 sólo hay 6 obras con seguridad atribuibles a esta época. En el Ecuador, todo el proceso está desfasado, correspondiendo las primeras producciones a la segunda mitad del siglo XVIII.

9 Sólo en las primeras décadas se habla aún de una tercera lengua general puquina.



ímpetu castellanizador de la independencia, algunas de sus proclamas fueron los primeros documentos políticos traducidos al quechua. Sin embargo, en estas y posteriores traducciones de documentos políticos al quechua y aymara suele tratarse más bien de individuos que quieren lucir su ingenio sin pretender en serio la politización de los indios. Más reales eran los esfuerzos de algunos educadores como el cura Beltrán en Oruro o, ya en este siglo, el médico de Juliaca, Nuñez de Butrón, editor de la revistilla Runa Sonco. Pero se trata de gotitas en un arenal.

Una tercera oleada, ya posterior a Rivet, debe atribuirse directamente a la comunidad lingüística internacional, y más indirectamente, al incremento de programas de ayuda nacional o internacional al campo, junto con la elevación socio-económica del campesino. Por todo ello en los últimos años ha aumentado notablemente la cantidad y calidad de los estudios sobre estos idiomas, se han mejorado las técnicas de su aprendizaje en instituciones especializadas de buena calidad<sup>10</sup> y han nacido nuevos proyectos de promoción bilingüe<sup>11</sup> y de divulgación de literatura en lengua autóctona<sup>12</sup>.

En parte como resultado de la oleada académica y en parte como resul-

---

10 Como el Plan de Fomento Lingüístico de la Universidad de San Marcos de Lima y el Instituto de Idiomas Maryknoll en Cochabamba. Pasan de 20 los centros de Perú y Bolivia, en que se enseña el quechua y en menor grado el aymara como segunda lengua. Fuera de Sudamérica, el aymara se enseña también en una universidad y el quechua en más de una docena; muchas de ellas han preparado buenos materiales pedagógicos. Para mayores detalles ver *Andean Linguistics Newsletter*.

11 Sobre todo el proyecto de Ayacucho (Burns 1968a, 1969b y 1970) y otros más recientes, nacidos también a la sombra del Instituto Lingüístico de Verano. Prescindiendo de los grupos selváticos, el esfuerzo alcanzaba en 1970 a 5 provincias, 39 maestros y 1.500 alumnos en Ayacucho. En Bolivia ha alcanzado hasta ahora unos 3.000 alfabetizados aymaras en un número variable de escuelas de dos provincias y a un número bastante más reducido de niños quechuas en Cochabamba. Entre 1967 y 1972, se distribuyeron unas 23.000 cartillas en aymara y, en Cochabamba, unas 1.000 en quechua (Datos proporcionados por el Instituto Lingüístico de Verano en La Paz).

12 Sobre todo la Comisión de Alfabetización y Literatura en Aymara (CALA) de La Paz, filial del Instituto Lingüístico de Verano, que ha publicado más de 50 folletos sobre todo de tipo religioso. De ellos un himnario y una cartilla bilingüe han llegado ya a una tirada global de 30.000 ejemplares cada una. Otras dos publicaciones religiosas aymaras han alcanzado el monto de 80.000 ejemplares, cifras muy elevadas en el contexto boliviano. Pero es aún muy escasa la producción de los propios nativos para nativos fuera de este contexto religioso.

tado de cambios políticos, se han formulado últimamente nuevos enfoques en la política educacional, teniéndose más en cuenta a los idiomas oprimidos. Hasta el momento (1972), la acción no ha ido más allá de los planteamientos en Perú y, en Bolivia, ni siquiera más allá del buen deseo de alguna dependencia secundaria en el Ministerio de Educación y en algunas instituciones privadas. Gracias quizá a una mayor decisión gubernamental y a un mayor apoyo de instituciones académicas, los planes que se están formulando en el Perú van adquiriendo mayor precisión aunque quedan todavía algunas ambigüedades importantes. Por ejemplo, por una parte se anuncian cambios drásticos como la obligatoriedad de la enseñanza de un idioma autóctono como segunda lengua en los colegios y se estimula la creatividad de los grupos oprimidos en su propia lengua. Pero por otra parte parece pretenderse sólo en los primeros pasos<sup>13</sup> y no se ven aun medidas institucionales –como elaboración de textos y capacitación del magisterio– que permitan ejecutar las medidas más revolucionarias<sup>14</sup>.

Estos han sido los principales movimientos contracorriente al nivel de entusiasmo personal y toma de decisiones. Pero al nivel de eficacia, los

---

13 Más aún, se está pasando del esquema bilingüe (alfabetización en lengua materna seguida de alfabetización en castellano, junto con enseñanza del castellano), al esquema oral (enseñanza oral del castellano con lengua materna como medio de instrucción seguida de alfabetización en castellano), con lo que nuevamente el nativo seguirá siendo incapaz de escribir en su propio idioma. Ver críticas de Pozzi-Escot (1972) al método bilingüe.

14 Los documentos más básicos sobre la nueva política lingüística peruana son Perú (1972a, 1972b y 1972c) y el número 9 de la revista Educación, monográfico sobre el tema. Ver también el resumen de Parker (1972a). En este ambiente han nacido además otros estudios como los de Escobar (1972). Para los esfuerzos más tímidos de Bolivia, ver INDICEP (1971) y Centro Pedagógico Portales (1972).

NOTA a 3a. EDICIÓN: En el Perú el régimen de Morales Bermúdez representó un creciente olvido de las innovaciones introducidas por la “revolución” de Velasco Alvarado, no sólo en los aspectos económicos y sociales, sino también en los culturales y lingüísticos. En la práctica el quechua volvió a quedar “desoficializado”, y los nuevos enfoques educativos quedaron en gran parte relegados. Sobre todo por influencia de USAID, donde habían penetrado las nuevas tendencias sociolingüísticas norteamericanas, se han puesto en marcha nuevos programas de educación bilingüe en Bolivia (Cochabamba) y en el Perú (Cuzco, USAID; Puno, misión alemana). Pero sus resultados reales están muy lejos de lo que se había deseado originalmente. Ello se debe sobre todo a que los programas utilizan principalmente las pesadas maquinarias de los respectivos ministerios de educación, cuya burocracia difícilmente entra en la nueva concepción.

principales impactos hacia una nueva situación han provenido más bien de cambios en los factores socio-económicos, como ya hemos insinuado más arriba. La industrialización de alguna ciudad, en las minas y en las plantaciones mecanizadas ha estimulado migraciones sobre todo a Lima y la Costa peruana y con ellos la castellanización<sup>15</sup>. Pero otros procesos están estimulando simultáneamente una mayor castellanización y un mayor prestigio de los idiomas oprimidos. Alguno de ellos, como las colonizaciones a los trópicos, incluso están expansionando sus fronteras lingüísticas. Los dos factores más influyentes han sido tal vez la Reforma Agraria (sobre todo la boliviana muy anterior a la peruana) y el advenimiento del transistor. A raíz de la Reforma Agraria, se ha roto en gran parte el esquema rígido dualista, ha subido el estatus económico, social y político del campesino, ha aumentado su movilidad tanto social como geográfica, se ha densificado la red comercial rural y se han implantado escuelas en todo el campo<sup>16</sup>. De resultados de todo ello, la población rural ha descubierto la posibilidad y funcionalidad del bilingüismo castellano y, al mismo tiempo, ya no siente tanta vergüenza al usar su idioma en nuevos contextos. En cuanto al transistor, su popularización en la última década ha llevado radios hasta la estancia más lejana, originando otro proceso también de doble sentido. Por una parte, ahora en todas partes se escucha diariamente el castellano y por otra las agencias de desarrollo, los curas, los políticos, los comerciantes, los artistas, etc. se han dado cuenta de que vía radio tienen a todo el campo al alcance de la mano, por lo que han empezado a difundir sus mensajes en quechua y aymara, contribuyendo así indirectamente a su revalorización<sup>17</sup>.

---

15 Sería de interés un estudio que estableciera qué factores socio-económicos precipitaron tan eficazmente la castellanización de la costa peruana con anterioridad al proceso industrializador y migratorio actual.

16 En Perú, la proliferación de la enseñanza rural es, en parte, anterior a su Reforma Agraria. En Bolivia, el gran impulso llega poco después de la Reforma. Antes sólo hubo esfuerzos aislados, principalmente en la zona fronteriza con el Perú, en torno al núcleo de Warisata (La Paz) y en los núcleos de Vacas y Ucareña en Cochabamba. En todos los casos, se pretende una castellanización a rajatabla

17 En La Paz, 1972, hay 20 emisoras de las que la mayoría tienen algún espacio en aymara y las más potentes también en quechua. Cuatro de ellas, de las que tres son comerciales y de alcance casi urbano, retransmiten casi todo el día exclusivamente en aymara.

La situación actual, como resultado de estos cambios más recientes, tiene dos aspectos: por una parte se consolida la fuerza del castellano en todo el conjunto; por otra, las lenguas oprimidas no acaban de perderse, aunque manteniendo siempre su carácter de “segunda categoría” por la posición social dominada de sus hablantes. El resultado práctico es el aumento creciente de los bilingües. En Bolivia entre 1950 y 1976 el número de hablantes habituales del castellano ha aumentado en un 49% hasta constituir, según el censo de 1976, el 54% de la población total, a pesar de que sólo un 37% son monolingües castellanos<sup>18</sup>. Es probable que el número de hablantes habituales sea inferior a lo señalado por el censo, supuesto el efecto de prestigio por el que con frecuencia no se responde lo real sino lo que da mayor prestigio. Pero la tendencia es innegable. Y se acentuará probablemente en la siguiente generación, mucho más escolarizada. Para el Perú, contamos con las cifras comparativas de los censos de 1940 y 1961, que ya reflejan algo de la migración a la Costa. Estas arrojan para todo el país (Parker 1972) un aumento desde un 47% hasta un 60% de monolingües castellanos, una cifra relativamente estable de bilingües (de 17% a 19%) y una clara disminución en el porcentaje de autóctonos monolingües (35% a 20%). Pero si nos limitamos a las regiones serranas de mayor concentración indígena, sobre todo al Sur del país, no hay grandes cambios. Según el censo de 1961, el quechua o el aymara seguían siendo hablados por la gran mayoría de la población en algunos departamentos como Ayacucho (93%), Apurímac (95%), Cuzco (89%) y Puno (94%). Se trata pues de cambios ocurridos principalmente en la Costa, el gran polo de industrialización e inmigración.

---

18 Ver el apéndice a la tercera edición con datos más recientes sobre Bolivia.

# CUATRO

## EL DILEMA Y LA PLANIFICACION DEL FUTURO

El panorama de luces y sombras aquí presentado no deja prever con mucha precisión qué rumbo tomará el futuro. Los cambios en sectores más industrializados, sobre todo en la Costa peruana, parecen presagiar que, a medida que avance la industrialización, los Andes se irán castellanizando. Pero, por otra parte, este avance parece todavía muy lejano en muchas regiones y en otras, como en el mundo aymara en torno a La Paz, están surgiendo movimientos que revalorizan lo autóctono a pesar del influjo cercano de la ciudad.

A todo ello se añade la existencia de una doble opción radical con relación a los idiomas oprimidos: acelerar su extinción o revitalizarlos. En principio, la cuestión de si se aprende o no el castellano debería estar al margen de este dilema, pero más frecuentemente castellanización coincide con la opción acelerante de la extinción. Quienes abogan por la castellanización y extinción consideran que los otros con su “romanticismo” mantendrán, aún sin quererlo, un *statu quo* retardador del progreso. A su vez, quienes quieren revalorizar las lenguas nativas creen que los primeros están manteniendo un *statu quo* de siglos al imponer su etnocentrismo dominador y, de esta forma, están perpetuando la si-

tuación oprimida en que se hallan las poblaciones autóctonas. Para ir progresando en medio de esta dialéctica, es conveniente presentar escuetamente los principales argumentos que suelen esgrimirse en favor de una u otra alternativa e ir sopesando el valor de cada uno para llegar a una formulación quizás compleja, pero más equilibrada y realizable. En las discusiones sobre el tema suelen abundar las cargas emotivas y nunca suelen explicitarse todos los argumentos por lo que fácilmente suele suponerse que la opción del contrario excluye absolutamente la propia. Es pues necesario hacer una disección cuidadosa y serena si se desea avanzar.

Los principales argumentos que favorecen la extinción al menos parcial de los idiomas oprimidos (o la castellanizaron) son:

1. Dado el orden establecido, es siempre más fácil mantenerlo que alterarlo. Los planteamientos deben, pues, partir de la estabilidad de lo presente.
2. Económicamente, el costo demandado por una transformación radical del sistema vigente es excesivo. En concreto, la valorización de las lenguas vernáculas y la preparación de materiales en tres (o más) idiomas en vez de uno, implica una multiplicación de esfuerzos que no justifica las posibles ventajas de la medida (cf. Bowers 1968).
3. La integración nacional y latinoamericana exige un idioma común para comunicarse. Al nivel nacional, tanto en Bolivia como sobre todo en Perú sólo el castellano puede cumplir esta función debido al creciente número de monolingües castellanos y la multiplicidad de idiomas y dialectos nativos no inteligibles entre sí. Al nivel continental, este hecho es aún más evidente. Además el idioma vehículo de integración debe contar con una producción escrita amplia, multifacética y a todo nivel.
4. Con el mantenimiento y aún más con el fomento de los idiomas nativos frente al castellano, se favorece la división nacional (vertical) y, si estos idiomas son varios, estimulan innecesarios y contraproducentes conflictos culturales (horizontales) entre grupos que, al ser débiles, deberían estar más unidos.

5. Con el mantenimiento de los idiomas nativos primitivos o atrofiados, se hace a fin de cuentas un daño a los mismos a quienes se pretende favorecer, pues se bloquea o al menos se retrasa su ingreso pleno a un sistema nacional moderno.
6. Los mismos campesinos son los primeros en querer olvidar su lengua y pasarse al castellano o en desear este paso al menos para sus hijos, para que ellos no tengan que sufrir lo mismo que sus padres.

Los principales argumentos que favorecen la vitalización al menos parcial de los idiomas oprimidos son:

7. La situación actual implica claramente una injusticia al quitar a la población autóctona su pleno derecho al uso de su propio idioma sin efectos socialmente discriminadores.
8. Para que los grupos autóctonos se desarrollen, es indispensable que primero lleguen a ser ellos mismos, tengan su identidad de grupo y adquieran autoconfianza. Sólo entonces se autodinamizarán y estarán en condiciones de participar activamente en la marcha del país. De otra forma, a lo más los desarrollarán, pero ellos seguirán siendo meros recipientes pasivos no participantes. Si de momento, algunos sólo piensan en castellanización esto es precisamente porque la actual estructura les hace perder su identidad y sólo les permite el ascenso social mediante la alienación.
9. Para comunicar eficazmente un mensaje hay que emplear los términos y lenguaje de quien debe recibirlo. Por tanto, debe también emplearse este criterio en la metodología para la integración de las actuales poblaciones autóctonas a la vida del país, sea al nivel educativo, político, comercial o cualquier otro.
10. Las raíces de la identidad andina están en lo quechua y lo aymara. La simbología nacional debe inspirarse en esta fuente. Y uno de los símbolos andinos más potentes es el idioma.
11. De hecho el país está constituido por diversos grupos culturales a los que incluso podría llamarse nacionalidades (Ovando 1961). Dado este hecho sólo cabe integración a partir del respeto armónico entre estos grupos. Sólo entonces será posible sentar las bases para una unidad boliviana, peruana, continental. Pero si en este proceso no se

incluye el idioma, se cierran las puertas desde el principio, pues la pérdida de su idioma es la muerte de un pueblo.

12. Los idiomas nativos son tan perfectos y capaces como los modernos. Su proscripción se basa en la falsa creencia de que son incapaces de ser vehículos del progreso. Siendo falsa la premisa lo es también la conclusión.

No todos los argumentos aducidos por uno y otro lado tienen la misma fuerza e implicaciones. Además, según las concepciones subyacentes, algunos darán subjetivamente más fuerza a determinadas razones y no verán la de otras. En concreto, hay argumentos que se contrabalancean con otros. Por ejemplo 4 y 6 vs 8 y 11; 1 vs 7; 12 vs 5. El argumento 4 sobre el fomento del divisionismo puede hacer fuerza en su dimensión vertical a quien tenga una visión funcionalista armónica (aunque también puede hacerle fuerza el argumento 11 de signo opuesto). En cambio a un marxista la división vertical le parecerá incluso conveniente por señalar la contradicción fundamental que puede poner en marcha la dialéctica de la lucha de clases. Sin embargo, este mismo marxista aceptará la fuerza del mismo argumento 4 en su dimensión horizontal, pues para él estas divisiones culturales entre explotados desfiguran la contradicción fundamental y subrayan otras en forma contraproducente<sup>19</sup> Por otra parte, los argumentos 10 y 11 parecerán fuertes a quienes hayan estado familiarizados y hayan vivido toda la problemática de las “nacionalidades” minoritarias de tantos países europeos. Argumentos como éstos fueron empleados desde el siglo pasado por irlandeses, checos, flamencos o catalanes. En mi opinión, en ellos no deja de haber un fondo de verdad, especialmente en el 11, y refleja fuerzas emotivas que pueden ser a veces muy influyentes. Sin embargo, si se absolutizan no tienen suficientemente en cuenta el carácter dinámico y cambiante de las culturas y, en ellos, de los idiomas. Sincrónicamente, la matriz cultural es necesaria para la supervivencia del individuo y el grupo. Pero diacrónicamente los elementos de estas culturas cambian constante-

---

19 Es interesante al respecto la crítica que un joven marxista de extracción india (Reinaga 1972) hace al marxismo tradicional andino por su dogmática prescindencia de las culturas “indias” en sus planteamientos copiados de la Europa industrial.



mente sobre todo al coexistir otros factores como migraciones, contactos e intercambios entre culturas y nuevos condicionamientos técnicos que invalidan las soluciones previas cristalizadas en una cultura. A pesar de su fuerte valor cohesivo, el idioma, como la religión, no se libra de este ajetreo y sería apriorismo decir que es intocable. En conjunto, con todo, queda claro que hay razones de suficiente peso por cada lado de modo que no puede pensarse en una solución simple consistente en optar por cualquier extremo rechazando el otro de pleno.

Dado que hay también diversas concepciones subyacentes, tampoco cabe ponerse en una situación absolutamente neutra de observador pasivo. Mantenerse en un nirvana científico es acientífico pues bajo la ilusión de neutralidad no se explicitan los condicionamientos que sin duda siguen teniéndose en esta torre de marfil. Una manera de señalar estas concepciones condicionantes es presentar una planificación para el futuro.

En una planificación debe quedar claro cuál es la meta y cuáles son los pasos para que esta pueda implementarse eficazmente. En última instancia, lo que se busca no es tanto la perpetuación ni el aislamiento de determinadas formas culturales ni lingüísticas, sino más bien el que aquellos individuos y grupos que actualmente viven y se expresan (en forma atrofiada, debido a la opresión estructural) por medio de determinados patrones culturales y lingüísticos lleguen a vivir y expresar sus potencialidades internas en una forma plenamente adecuada. Es decir, la meta es la persona y el grupo de personas, más que la cultura o la lengua<sup>20</sup>. El que esta meta se logre a través del fomento de lo nativo dominado o de lo foráneo dominante depende en parte de la concepción que uno tenga de desarrollo o promoción. Por mi parte, creo que es más probable llegar a la meta si desde un principio ya se va estimulando lo que suponga el desarrollo de las potencialidades internas de los grupos

---

20 A veces tengo la impresión de que algunos de los antropólogos que hablan contra etnocidios y abogan por el mantenimiento aislado de determinadas culturas, no lo hacen tanto por un relativismo cultural absoluto ni por humanismo, sino porque en el fondo temen quedarse sin "objetos" de estudio en su especialidad. Una vez alguien me caracterizó a cierto etnólogo con estas características como entomólogo.

hoy oprimidos. Pero la selección de una u otra vía depende también irremediablemente de los medios que se tengan a la mano. Plantear un objetivo y aferrarse a alcanzarlo por medios utópicos o inadecuados equivale a no querer seriamente el objetivo, con todas las implicaciones prácticas e incluso éticas que tal rechazo pueda implicar.

A la luz de estas premisas y de los argumentos en mi opinión más sólidos en pro de una u otra opción surgen los siguientes criterios contrapuestos. En cuanto a la meta de plena realización personal de los grupos oprimidos, no pueden soslayarse ni el argumento 8 (pro vitalización) ni el argumento 3 (pro castellanización). En cuanto a los medios eficaces para conseguir la meta, tampoco puede soslayarse el argumento 9 (pro vitalización) sobre la necesidad de comunicarse a cada uno en sus propios términos, ni el argumento 2 (pro extinción) sobre las limitaciones económicas de un intento multilingüe a gran escala. En resumen de lo dicho, parece que la implementación de la meta exige los dos principios generales:

El idioma (y otros elementos culturales) del sector oprimido mayoritario debe tenerse en cuenta e incluso fomentarse para asegurar la eficacia inicial del mensaje y para crear autoconfianza y conciencia de grupo, despertando así la acción creativa y la participación activa de dicho sector en el conjunto.

El idioma castellano del grupo dominante debe también fomentarse hasta que el sector oprimido lo maneje plenamente, porque (dadas las condiciones sociales y económicas vigentes y difícilmente cambiables) éste es el único medio actualmente viable para que dicho sector pueda adquirir la capacidad técnica y académica necesaria para dialogar a pie de igualdad con el grupo dominante y para no seguir quedando marginado y oprimido en los innumerables procesos de integración nacional y continental.

La segunda parte tiene, sin duda, un dejo de fatalismo y de impotencia ante lo inevitable. Si se tiene en cuenta la perspectiva histórica, debe aceptarse la inminencia avasalladora de estos movimientos integradores. Sin embargo, ni afirmo ni niego que el resultado final sea la

extinción de las lenguas nativas oprimidas con plena castellanización de los grupos que hoy las hablan. Ello depende del grado en que medidas como las aquí sugeridas logren el equilibrio de fuerzas. Si no lo logran, la industrialización probablemente implicará tarde o temprano su extinción; pero si se logra cierto equilibrio y además los grupos interesados así lo deciden, es posible que la valorización de sus idiomas autóctonos lleve a un pluralismo hasta cierto punto comparable al de algunos países europeos.

En principio, en la implementación de (a) no hay otros topes que los impuestos por las limitaciones sociales y sobre todo económicas ya aludidas. Por ejemplo, en principio no debe excluirse la producción de literatura (ante todo expresiva) en lenguas nativas ni tampoco la enseñanza de dichas lenguas con los métodos de segunda lengua en los ciclos secundario y universitario. Pero las limitaciones están presentes. Por tanto, al nivel de ejecución, junto con una política de apropiación de fondos para implementar metas más ambiciosas, debe darse prioridad a los medios económicamente más rentables. En cambio, en el implemento de (b) sí hay un tope. La política castellanizadora es la que de hecho ya han adoptado todos los organismos, incluidos los pioneros de la educación bilingüe y los nuevos planteamientos educativos del gobierno peruano<sup>21</sup>. Incluso a este nivel, queda aún bastante camino por recorrer para conseguir técnicas más eficaces en la enseñanza de un castellano estándar bien asimilado. Para ello hay que dejar a un lado el actual preceptivismo gramatical e insistir más en la práctica oral y escrita. Pero el riesgo más inminente es que el esfuerzo puesto en (b) de hecho ahogue cualquier iniciativa que lleve a implementar (a). Para

---

21 Ya he mencionado las ambigüedades del Plan de Educación Bilingüe del Perú. Ver nota 13 supra. El Instituto Lingüístico de Verano con sus instituciones filiales y publicaciones tampoco se ha planteado en serio la problemática aquí discutida de fomentar la identidad de grupo y la creatividad participante de los grupos autóctonos oprimidos. A lo más llegarán a decir que “en la castellanización del quechua-hablante no se ha de pretender transferir en un paso rápido lo que es el ‘fondo intransferible del ser’ (Burns 1970). El equipo de INDICEP en Bolivia es quien ha llegado más lejos en sus planteamientos revitalizadores. No está de más recordar que su fundador es franco-canadiense. Pero, a pesar de una evidente evolución, sus formulaciones no tienen aun suficientemente en cuenta el contexto socio-económico global ni los aspectos dinámicos de la cultura, sobre todo en una situación de contacto y dependencia cultural.

que no surja este conflicto por ejemplo, ya no deberían proscribirse los idiomas oprimidos en la educación, sino que, en la medida de lo viable, deberían más bien prescribirse. Y en conjunto, para lograr el equilibrio de fuerzas, la insistencia debería ir más hacia (a).

Para concluir, me limitaré a subrayar un punto que considero muy importante y rentable, pero en que los proyectos renovadores existentes insisten aun poco. Se trata del uso más sistemático de los idiomas oprimidos en los medios de comunicación social, especialmente la radio, no tanto para “dar consejos” de arriba abajo, cuanto para que dichos medios se conviertan en vehículo de expresión de los mismos quechuas y aymaras en su propio idioma sin que obste siquiera la barrera del analfabetismo. Probablemente por este camino, junto con medidas paralelas en los planes educacionales y a un nivel más básico en los planes económicos, se acelerará en forma más masiva la revalorización de los idiomas oprimidos y se podrá poner en marcha la creatividad ahora alestargada de sus hablantes. Problemas como la producción de literatura o la unificación del alfabeto, que a veces copan y esterilizan las reuniones, se resolverán más fácilmente si existe esta base previa.

# CINCO

## APÉNDICE A LA TERCERA EDICION. 1979

Cuando se escribió originariamente este trabajo en 1973, era aún poco lo que se había discutido sobre el tema en Bolivia, excepto a un nivel más emotivo y expresivo que científico. Este trabajo era uno de los muchos que se prepararon para un primer Congreso de Lenguas Nacionales, en el que se dieron cita en Cochabamba una serie de instituciones interesadas en esta problemática, y también grupos de aymaras y quechuas. En los seis años transcurridos ha habido diversos desarrollos tanto en Bolivia como también en Perú y Ecuador. Pero los principios aquí señalados siguen siendo, en mi opinión, igualmente válidos y actuales. Algunos de los desarrollos señalados confirman lo dicho en este trabajo. Otros, confirman la necesidad de seguir teniendo en cuenta los criterios anteriores como los presentes para evitar discusiones estériles (sigue habiéndolas). Por todo ello, ha parecido útil reproducir el trabajo sin cambios.

En este apéndice solamente señalaré algunos puntos nuevos. Son de tipo descriptivo para poner los datos al día. Al nivel conceptual e ideológico, no hay mayores modificaciones.

La información nueva más importante recogida en estos años ha sido la realización del censo de población de Bolivia en 1976. En él, rectifican-

do lamentables omisiones de censos urbanos de los años anteriores, se incluyeron dos preguntas sobre los idiomas de la población: el idioma habitual del hogar y los idiomas que sabía hablar cada individuo censado. Comparando esta información con la del idioma habitual de 1950, obtenemos los siguientes cambios con relación al idioma *habitual*:

	1950	1976	cambio	monolingües 1976
castellano	36.0%	53.7%	+49.2%	37.2%
quechua	36.5%	26.8%	-26.8%	14.6%
aymara	24.6%	18.6%	-24.4%	7.4%
otros	2.9%	0.9%	-69.0%	0.3%

Comparando la primera y la última columna, se observa que, aparte del esperado avance del castellano, el otro gran cambio es el aumento del bilingüismo. En 1976 éste afecta a un 40.5% de la población total, dentro del que un 16.6% son bilingües que saben alguna lengua nativa pero han optado por el castellano como idioma habitual en su hogar, mientras que el otro 24% son hablantes regulares del quechua o aymara, que además tienen cierto conocimiento y uso del castellano fuera de su hogar.

En los aspectos cualitativos se han producido también algunos cambios de interés.

En primer lugar, disponemos ahora de mayor bibliografía pertinente. En Bolivia son ahora asequibles los diversos documentos de los 3 Congresos sobre Lenguas Nacionales, realizados todos ellos en Cochabamba, y también los de 2 seminarios sobre sociolingüística nacional. Ha habido además otras varias elaboraciones, entre las que sobresalen las llevadas a cabo por INEL. Este mismo trabajo se ha convertido en el primero de una serie de varios títulos sociolingüísticos, publicados o en vías de publicación dentro de los Cuadernos de Investigación de CIPCA, formando una unidad de reflexión investigativa en progreso. También se ha hecho asequible en castellano el libro *Los mil rostros del quechua* sobre sociolingüística de Cochabamba. En el Perú el decreto que oficializó el idioma quechua dio un nuevo estilo a toda la proble-

mática. Al nivel bibliográfico el impulso fue recogido principalmente por el Instituto de Estudios Peruanos que no sólo ha publicado una serie de gramáticas y diccionarios quechuas, sino también un breve pero importante trabajo sobre *Perú, país bilingüe*; el Centro de Investigaciones en Lingüística Aplicada (CILA), de la Universidad de San Marcos, y el departamento de investigación educativa INIDE, del Ministerio de Educación, también han hecho buenas contribuciones. En el Ecuador el proceso ha sido más lento, pero también existe, siendo quizás las contribuciones más importantes las de Ruth Moya. También allí se han desarrollado algunos seminarios y cursos, aunque todavía la insistencia está sobre todo en los aspectos estrictamente lingüísticos y en “educación bilingüe” de estilo tradicional.

Al nivel de hechos, el cambio más importante ha sido la oficialización del idioma quechua en el Perú. A otro nivel, debe mencionarse también el nuevo énfasis incluso oficial en la educación bilingüe en los tres países, sobre todo a nuevos enfoques y presiones de algunas financiadoras extranjeras. Entiéndase bien, es una concesión a los idiomas oprimidos que sólo buscan técnicas pedagógicamente mejores para castellanizar, pero no para dinamizar dichos idiomas.

En Bolivia ha habido también algún intento de oficialización del quechua y el aymara. Pero a nivel oficial existe en realidad una contradicción interna que confirma aspectos tratados en este trabajo: por una parte, la dependencia externa da vigencia a programas como el de educación bilingüe y al mismo tiempo hay presiones internas de algunas instituciones y hasta de algunos grupos principalmente aymaras para un mayor reconocimiento oficial de los idiomas oprimidos; por otra parte sigue imponiéndose la praxis castellanizadora. En 1976 se ha dado la paradoja de que al mismo tiempo que el Ministerio de Educación aceptaba millones de dólares para educación bilingüe de USAID, el mismo Ministerio rechazaba un proyecto experimental educativo nacido localmente, porque sugería el uso del idioma nativo en la enseñanza, con el argumento de que iba contra la política del Ministerio. En el plano de investigación sociolingüística sucedió algo semejante: un proyecto elaborado localmente, incluso en el seno de una comisión

interdepartamental del mismo Ministerio, fue rechazado y, en cambio, se aceptó otro realizado a la sombra de USAID: “Poderoso caballero es Don Dinero”. Dentro de este campo de un mayor conocimiento de nuestra realidad sociolingüística, ha habido un buen paso. Por fin se realizó el Censo Nacional, en septiembre de 1976, y en el mismo se incluyeron dos preguntas relacionadas con el problema idiomático. Los deseos expresados en la nota 18 de este trabajo se han visto realizados.

Los vaivenes de la oficialización legal y la práctica de dicha oficialización en el vecino Perú también nos ayudan a entender mejor los factores reales que determinan el futuro de cualquier idioma oprimido. El decreto se dictó cuando la llamada revolución peruana estaba en su primera fase, más radical. Incluso un periódico, “La Crónica”, llegó a publicar semanalmente una edición en quechua. Pero las medidas económicas, sociales y educativas de la revolución han ido entrando en receso desde el golpe de estado del General Morales Bermúdez. Con ello las medidas prácticas de la oficialización, pensadas al plazo de varios años, también han entrado en receso. Un papel más para el archivo.

El futuro de los idiomas oprimidos está relacionado con el futuro de los pueblos oprimidos. Pero éste no depende tanto de medidas lingüísticas o culturales, sino principalmente de medidas económicas y políticas. La valoración cultural no es tanto la causa, sino el efecto. Una determinada política cultural y educativa es también necesaria. Pero ayuda sólo en forma subsidiaria, y en el supuesto de que vaya acompañada de medidas más fundamentales y estables al nivel económico y político. Si no, ciertas concesiones superficiales al nivel cultural, lingüístico e incluso racial, que parecieran dar cierto reconocimiento y vigencia a dichos grupos oprimidos, en realidad a la larga contribuyen a solidificar su posición de oprimidos y dependientes. La consecuencia contraria no es tampoco evidente: Aunque la consolidación económica, política y social supone manejar bien los instrumentos del grupo dominante (entre ellos su lengua), no se sigue de ahí que implique tener que renunciar a los propios. Implica transformaciones drásticas de la situación actual, pero no una castración de la propia personalidad, lengua y cultura.



Dentro de este juego permanente entre factores de tipo económico, político o cultural, no se puede prescindir de ninguno de los elementos. Y dentro de dicha interrelación, una peculiaridad del aspecto idioma –al menos en el caso de los principales idiomas andinos, que están oprimidos pero son mayoritarios– es su fuerte poder emotivo. Aceptar y valorar el idioma del oprimido, es como aceptar su ser “indio” o su ser “aymara”. Y ello trae consigo ciertas cargas emotivas comparables a las que tiene la aceptación o rechazo de sus creencias religiosas. Pero en este punto lo lingüístico, como lo religioso o lo racial, es un arma de doble filo. Por lo mismo que apela a lo emotivo es importante, pero también manipulable. Puede ser utilizado en uno u otro sentido: realmente a favor del grupo oprimido (si las medidas de tipo económico y político también le favorecen) o en contra del mismo (si dichas medidas le son desfavorables). En el primer caso, aceptar y apoyar el idioma y cultura del oprimido es una medida colateral muy positiva. En el segundo caso, puede ser una migaja distractiva: como cuando los primeros conquistadores se ganaban a los futuros conquistados con espejitos a cambio de oro y servicios gratuitos.

En realidad, el futuro de los idiomas oprimidos es una función del futuro económico y político de los pueblos oprimidos que los hablan.

La Paz, Septiembre 1979



## BIBLIOGRAFIA

- Aguirre Beltrán, Gonzalo. 1967. *Regiones de Refugio*. México: Instituto Indigenista Interamericano.
- Albó, Xavier. 1966. "Jesuitas y culturas indígenas. Perú 1568-1605". *América Indígena* 26: 249-308; 395-445.
- 1969. "Sociolingüística de los valles de Cochabamba, Bolivia". Trabajo leído en el V Simposio del PILEI. Sao Paulo, Brasil (en vías de publicación en las Actas).
- 1970. *Social constraints on Cochabamba Quechua*. Latin American Studies Program Dissertation Series, n. 19. Ithaca, N.Y.: Cornell University.
- 1974. *Los Mil Rostros del Quechua*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. (Adaptación castellana de Albó 1970).
- Andean Linguistics Newsletter. 1969. Publicada por Louisa Stark (University of Wisconsin) y Gary Parker (Universidad de San Marcos, Lima).
- Bolivia. Dirección General de Estadística. 1955. Censo de 1950. La Paz: Argote.
- Bowers, John. 1968. "Language problems and Literacy", en *Language Problems in developing nations*. Editado por J. Fishman et al., pp. 301-401. New York: Wiley.
- Burns, Donald. 1968a. "Niños de la Sierra Peruana estudian en quechua para saber español". Ponencia presentada en el Congreso de Indigenistas en México.
- 1968b. "Bilingual education in the Andes of Peru", en *Language Problems in developing nations*. Editado por J. Fishman et al., 403-14. New York: Wiley.
- 1970. "La castellanización de la población no hispano-hablante en el Perú: meta y metodología". Ponencia presentada en el 39 Congreso Internacional de Americanistas en Lima.
- Centro Pedagógico Portales. 1972. Boletines informativos para el Primer Congreso de Lenguas Nacionales, Cochabamba, febrero 1973.
- Educación*. 1972. Número 9 dedicado a la educación bilingüe. Revista para maestros publicada por el Ministerio de Educación del Perú.

- Escobar, Alberto. 1972. *Lenguaje y discriminación social en América Latina*. Lima: Milla Batres.
- , ed. 1972. *El reto del multilingüismo en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Escobar, Alberto, Matos Mar, José y Aberti, Giorgio. 1975. *Perú, ¿país bilingüe?* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Fishman, Joshua. 1968. "The relationship between micro and macro socio-linguistics in the study of who speaks what language to whom and when" en *Bilingualism in the barrio*. Editado por J. Fishman et al., 1000-28 Washington D.C.: Office of Education.
- Freire, Paulo. 1970. *Pedagogía del oprimido*. Montevideo: Tierra Nueva.
- Graves, Thomas C. 1972. "Pursuing Cultural Pluralism in the Andes" *Plural Societies* Summer 33-49.
- INDICEP. 1971. Seminario sobre planeamiento de la alfabetización y la educación de adultos para 1972. Conclusiones.
- Lastra, Yolanda. 1965. "Fonemas segmentados del quechua de Cochabamba". *Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo* 2: 43-62.
- , 1968. *Cochabamba quechua syntax*. *Janua Linguarum. Series practica*, n. 40. The Hague: Mouton.
- Lewin, Boleslao. 1967. *La rebelión de Tupac Amaru y los orígenes de Independencia de Hispanoamérica*. Buenos Aires: SELA.
- Lewis, Oscar. 1961. *Antropología de la pobreza*. México: Fondo de Cultura Económica. (Original inglés: *Five families*. New York: Basic Books. 1959).
- , 1969. *La vida*. México: Mortiz. (Original inglés: New York Random. 1965).
- Melià, Bartomeu. 1969. *La création d'un langage chrétien dans les Réductions des Guaraní au Paraguay*. 2 tomos. Strasbourg.
- , 1971. "El guaraní dominante y dominado". *Acción. Revista Paraguaya de Reflexión y Dialogo* 11: 21-26.
- Ovando, Jorge. 1961. *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia*. Cochabamba: Canelas.
- Parker, Gary J. 1963. "La clasificación genética de los dialectos quechuas". *Revista del Museo Nacional (Lima)* 32: 241-52.

- 1972a. "Notes on the linguistic situation and language planning in Perú". A publicarse en la 23d Georgetown, Town Round Table on language and linguistics
- 1972b. "Sugerencias para un alfabeto general del quechua". Centro de Investigación de Lingüística Aplicada, documento de trabajo N°13. Universidad de San Marcos.
- Perú. Dirección Nacional de Estadística y Censos. 1966. *VI censo nacional de población*. Lima.
- Perú. Ministerio de Educación. 1972a. Seminario Nacional de Educación Bilingüe. Informe preliminar.
- 1972b. *Primer Seminario Nacional de Educación Bilingüe*. Algunos estudios y ponencias.
- 1972c. Política Nacional de Educación Bilingüe.
- Pozzi-Escot, Inés. 1972. "El uso de la lengua vernácula en la educación" en *Primer Seminario Nacional de Educación Bilingüe*. Editado por el Ministerio de Educación del Perú, pp 43-54. (Reproducción también en Educación 9).
- Reynaga, Ramiro. 1972. *Ideología y raza en América Latina*. México: Edición Privada.
- Ribeiro, Darcy. 1970. "The culture-historical configuration of the American people". *Current Anthropology* 11: 403-34.
- Ricard, P. 1961. "Le problème de l'enseignement du castillan aux Indes d'Amérique durant la période coloniale". *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg* 39: 281-96.
- Rivet, Paul et Crequi-Montfort, George. 1951-1956. *Bibliographie des langues aymará et kicua*. 4 tomos. París: Institut d'Ethnologie.
- Rubin, Joan. *National bilingualism in Paraguay*. Janua Linguarum, Series Practica, Nffl 60. The Hague: Mouton.
- Schaedel, Richard P. 1967. *La demografía y los recursos humanos del Sur del Perú*. México: Instituto Indigenista Interamericano.
- Stark, Louisa. 1972. *Sucre Quechua*. Madison: University of Wisconsin.
- Stavenhagen, Rodolfo. 1965. Siete tesis equivocadas sobre América Latina. *Política Exterior Independiente* (Rio de Janeiro) 1.

- Torero, Alfredo. 1964. "Los dialectos quechuas". *Anales científicos de la Universidad Nacional Agraria* 2: 446-78.
- . 1970. "Lingüística e historia de la sociedad andina". *Anales científicos de la Universidad Nacional Agraria* 8:231-64. Reproducción en Escobar ed. 1972.
- . 1972. "Grupos Lingüísticos y variaciones dialectales", en *Primer Seminario Nacional de Educación Bilingüe*. Editado por el Ministerio de Educación de Perú. Pp. 3-12.
- Turner, Victor. 1969. *The ritual process: structure and anti-structure*. Chicago: Aldine.
- UNESCO. 1953. *El uso de las lenguas vernáculas en la educación*. París.